

## “ENTRE LAS RUINAS DE EGIPTO 1”

**Eduardo Fernández Rivas<sup>1</sup>**

ASSWAN, MARTES, 25-5-1993

Hotel “Basma”, allá arriba en la colina

Dediqué la mañana a recorrer las instalaciones del hotel, la impresión fue más que satisfactoria, como ya dije ayer.

A las once, con previa cita, vino el coche a recogerme, con destino final al aeropuerto, y con unas visitas en el trayecto. Fuimos directamente hacia las canteras de granito rosa, con el fin de contemplar el obelisco inacabado. Una mole enorme. Varias toneladas de peso que yacen todavía abrazadas a la piedra madre, de la cual, el obelisco no tuvo ocasión de ser alumbrado. Su corazón quebrado no le permitió ser liberado, y hoy, tras algunos milenios, aún permanece a la puerta del útero materno. Gestación inconclusa, aborto pétreo nunca parido, melancólico y tierno, a pesar de la dureza de su materia, a medio camino entre la luz de la libertad, y la sombra fría que lo aprisiona. Es la imagen de la grandeza que pudo ser, y la triste visión de lo que nunca será.

Sus hermanos brillaron, cubiertos de electrum a la entrada de los templos, delante de los grandiosos pilonos se alzaban erguidos y esbeltos, seguros y soberbios. Como pétreos rayos de sol, depositados sobre la tierra, y apuntando hacia su padre Re, quien cegadoramente hería sus dorados piramidiones al surgir por la mañana, bajo la forma regenerada de “Khepera”, el escarabajo, símbolo del sol naciente y de la resurrección. Como Re-Harmakhis en el horizonte, la brillante Luminaria que al alba, estallando en claridad inunda el orbe con su potencia vivificadora, elevándose por entre las dunas de oriente, igual que el disco alado emerge entre las dos torres de los pilonos del templo, réplica cósmica de la bendición celeste. La firma por bondad divina, entre el demiurgo y los hombres, era renovada de esta manera cada mañana con la claridad de la aurora, desde el prometedor y juvenil orto heliaco hasta el achacoso y anciano ocaso.

Sus lágrimas de arena lo siguen puliendo desde tiempos inmemoriales. Su llanto, casi eterno, le presta la belleza sutil y profunda de aquel que sufre en silencio.

Al terminar esta visita, que para mi es siempre emocionante, salimos del emplazamiento hacia el no lejano embarcadero, situado en la pequeña presa, construida por los ingleses en 1902. Allí, tomé una embarcación a motor con dirección al casi irreal y alado templo de la diosa Isis, en la isla de Aegilkia (Philae). Solo disponía de media

---

<sup>1</sup> Eduardo Fernández Rivas es pintor, escritor y egiptólogo. Es miembro de la Asociación Española de Egiptología y de la Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría. Este artículo, escrito en Luxor el 26 de mayo de 1993, está extraído de su libro diario, publicado en la editorial virtual: e-libro.net, titulado: “Entre Las Ruinas de Egipto 1”, de un viaje a Egipto de 1993.

hora, tiempo muy justo para realizar unas fotos que necesitaba con el fin de ilustrar un trabajo que había terminado un mes atrás, destinado a ser publicado en una revista. Que pena, no había más tiempo. En una hora mi avión saldría hacia Luxor. Que pena, repito, casi correr a través de sus patios, franquear los dos pilonos, entrar casi furtivamente en el “Manminsi”, para “robar” fotográficamente la imagen sagrada de la “Gran Madre Universal”, Isis, dama de Abatón, cuya casa está en Dendera, con su hijo Horus recién parido sobre sus rodillas. En el registro superior, el “Horus-Halcón”, que se nos muestra en forma de ave, situado entre la espesura de papiros, lugar seguro en donde su madre lo escondió, burlando los sentimientos de venganza sin piedad de su tío Seth. Que angustia, pasar a toda prisa por la sala de ofrendas, apenas deteniéndome en la sala de la barca dos minutos escasos. Al salir giré por detrás, dirección norte, hacia el lado occidental, miré de soslayo y con vergüenza a la diosa, quien desde el inmóvil muro, en el que descansa desde hace siglos, y a través de su pétrea mirada hizo que yo bajase la mía cobardemente. No había rencor en su ojo, pero sí tristeza. Yo, recorriendo de manera apresurada el santuario a ella dedicado, “La Perla de Egipto”. Mi diosa no se lo podía creer. Su decepción era total. Cabizbajo, y amparado en la sombra fresca de la columnata occidental, me dirigí con premura hacia el pequeño templo erigido por Nectanebo II, último faraón nativo, (XXX Dinastía), emplazado a la entrada sur de la isla, desde donde, volviendo el rostro, contemplé la belleza del gran patio que confluye, allá al fondo, en la espléndida fachada monumental del primer pilono, desvié la mirada hacia oriente, ya en los propileos que conducen directamente al borde del agua, recreando mi sensibilidad en el gozo maravilloso de la contemplación del esbelto e inacabado quiosco de Trajano. Bajé hacia el río, el tiempo apremiaba, el barquero me hacía señas mostrándome el sol con su dedo, en un gesto de desaprobación por mi tardanza, de un salto me situé a su lado y casi de inmediato puso su pequeño navío en marcha, desatraco y salimos.

Desde la barca, pude sin embargo, percibir el perdón de la madre Isis. Una pequeña garza blanca se posó en la proa, casi a mi lado. Se había lanzado desde lo alto del primer pilono en picado. Comprendí enseguida el divino mensaje. Aunque el tripulante espantó al hermoso pájaro, este aún miró hacia atrás, por si mi torpeza humana no hubiese comprendido la señal, continuó su grácil vuelo en la seguridad, no solo de haber cumplido su misión al transmitir el encargo, sino también de la comprensión por mi parte, de la misiva divina.

La vista del templo en su pequeña isla, reflejado en las aguas azules y limpias, semejaba la estampa auténtica de la morada divina allá en la lejana Nubia. En la exótica provincia del sur dormía el que fue último reducto de la grandeza del conocimiento del viejo mundo faraónico, ya en tiempos plenamente cristianos. Isis, la diosa, madre de todas las vírgenes milagrosas posteriores, sostuvo la protección de aquel pequeño promontorio pétreo hasta la ejecución del execrable decreto del emperador Justiniano (527-565 AD), orden sin demora, directamente venida de la ya cristiana y bastarda Roma. Al llegar el mandato procedente de la capital imperial, y habiendo sido ya Egipto al completo, cristianizado desde hacía más de un siglo, el hipócrita obispo de Asswan, Teodoro, lleno de júbilo, consiente y alienta en la sombra las matanzas que la horda de todo tipo de fanáticos cristianos cometen con todo el personal del templo, indefenso y hambriento, muchos ya habían muerto de inanición por haber estado la pequeña isla sometida a bloqueo durante largo tiempo, sin poder, por ello, entrar alimento alguno desde tierra firme, por orden expresa de su eminencia el cristianísimo obispo Teodoro, dedicado desde hacía tiempo a atormentar de la manera más cruel y sibilina a aquellas

gentes que guardaban con entrega total la memoria de las enseñanzas y arcanos del Antiguo Egipto. Allí se dio el golpe de gracia a varios milenios de sabiduría, atesorada con esfuerzo por los cerebros más brillantes de un mundo que se moría sin remedio, en nombre de una religión ramplona y sanguinaria, la cristiana, que para poder creer en ella, exige la *fe*, el más irracional de los conceptos, ya que qué su credo no resiste el mínimo análisis, de ahí que exijan *fe*, y por ende, ignorancia total y absoluta a sus seguidores, cosa necesaria para sostener la *fe*.

Después de las matanzas consentidas, y alentadas hipócritamente en la sombra, por el obispo Teodoro, el edificio es cristianado, tallándose cruces cristianas, bautizando y exorcizando toda la isla con la intención de expulsar de la misma a los “demonios” que veneraban los antiguos egipcios, se celebra misa. El templo es usurpado por aquel atajo de criminales fanáticos e ignorantes en nombre de la nueva *fe*, es convertido el sagrado suelo insular y el conjunto de sus templos en tierra cristiana, el principal, el dedicado a la gran madre Isis, se convierte en la primera sede episcopal cristiana, por obra y gracia del capricho de un loco al servicio de una religión vesánica. Teodoro, por fin se instala en el bello y suntuoso edificio, como amo y señor indiscutible, sueño hipócritamente cobijado en su corazón desde hacía mucho tiempo. Se encarga a los más fanáticos la destrucción sistemática de los relieves de muros y columnas, labor execrable, por suerte nunca concluida, martilleando aquellas obras de arte en nombre de un dios destructor y tirano. El cristianismo dando su golpe, cuasi definitivo, en estos, y en los otros confines del imperio, establece sobre la humanidad que poblaba el territorio imperial, y aún más, el mayor fraude que el hombre haya conocido desde sus orígenes hasta hoy. Incluso la Academia de Atenas, fundada por Platón (el cristianismo, desagradecido y usurpador, como siempre a demostrado ser, decapita a quien había sido la base intelectual de su dogma, LA ACADEMIA PLATÓNICA), y que venía funcionando, desde hacía nueve siglos, fue también cerrada, así como el resto de centros de enseñanza, tanto superiores, como los de enseñanza básica. Solo el dogma cristiano, como el Nuevo Orden, se impondría en todos los niveles de la sociedad. La máquina de la ignorancia desplegaba sus asfixiantes tentáculos, dirigida por un ANTICRISTO, que desde entonces se hace llamar PAPA, y por todo su colegio cardenalicio, una pandilla de seres purpurados, ya desde entonces borrachos de poder y ebrios de lujuria, el mundo había caído en sus manos, el poder del maligno, desgraciadamente se impone sobre un amplio sector del orbe. El Mare Nostrum, con sus regiones sucumbe, después de milenios de grandeza y progreso, bajo el yugo cruel de un credo fanático, liderado por unos peligrosos ministros, ignorantes, detractores y destructores de todo conocimiento y sabiduría, y lo que es peor, gentes dementes y sanguinarias.

Se había prohibido todo acceso al conocimiento. No solo se detuvo, con este fatal hecho, el avance de la humanidad adquirido tras muchos milenios de duro trabajo, sino que se dio marcha atrás, en una especie de involución enloquecida, para terminar luego en un posterior estancamiento, poblado de sombras, que por desgracia, y en amplios sectores, dura hasta el día de hoy. A la necesidad humana del ansia natural de la curiosidad científica, artística, y en fin, en todos los ámbitos, se le impidió su natural desarrollo. El humano ejercicio de la razón queda abortado, cualquier experiencia en este sentido será tachada de herejía, y por lo tanto, perseguida por EL NUEVO ORDEN CRISTIANO, incluso hasta la muerte, sea de un colectivo o de un individuo.

Volviendo a Asswan, y al templo de Isis, uno de los últimos reductos, como decíamos, del conocimiento antiguo, pereció de esta manera tan cruel y trágica. El

oscurantismo había comenzado, la iglesia se enseñorea del orbe. El Santo Oficio velará, torturando y asesinando en la hoguera cuando lo considere conveniente, para que nunca las cosas vuelvan a su sitio. Mediante el fuego purificador ha de ser salvada el alma de los herejes, y si estos, al no haber arrepentimiento, no lo quisiesen, no tienen porque quejarse, serán esas llamas solo un pequeño anticipo de lo que ha de ser la gran llamarada eterna del infierno, donde se han de quemar esos herejes, por gracia divina, durante toda la eternidad. La Idea que perseguía el ya todopoderoso y pujante cristianismo católico está ya clara y bien precisada, hacerse con el dominio y control absoluto de la humanidad y de sus regiones, a base del espantoso terrorismo de crucifijo. El poder del Maligno disfrazado de cordero extendido sobre toda la Tierra y sus pobladores, sin ningún otro dios que haga oposición. Pretenden imponer la tiranía divina, la dictadura celeste, manejada por sus enfermos y siniestros ministros, ¡el clero católico! Su ambición y codicia no conocerá límites. Hurgaran en las entrañas misteriosas de la intimidad humana, con la intención de horadarla como carcomas, destruyéndola desde dentro del mismo individuo, inoculando, entre otras cosas, el pavoroso sentimiento de culpabilidad, destructor del ingenio y de la libertad del ser. Han sembrado la semilla del mal en los corazones, contaminando como un fluido pestilente la belleza y la luz deslumbradora de todo lo conseguido hasta entonces, y ahogando, como antes decíamos la chispa interna que ilumina la entidad inmaterial de los individuos mejor dotados para la investigación y para la filosofía, la madre del saber. Algo realmente pavoroso y criminal iniciaba su andadura que habría de ser, para nuestra desgracia, bien larga, extendiéndose hasta nuestros días. Cerca de dos mil años perdidos en un miedo aterrador y una confusión delirantes, debido al capricho y al negocio de unos sacerdotes desalmados, ministros de un credo maniqueo e injusto.

Hay que mantener a toda costa al pueblo, e incluso a los poderosos, en la ignorancia más palmaria. Se secuestra en provecho propio toda la literatura sagrada y laica depositada en la biblioteca templaria, como ya se había hecho con las de los templos que habían caído anteriormente, textos autógrafos de los grandes sabios, tanto egipcios como griegos y romanos, todo ello es enviado al centro de poder del nuevo credo, la Roma cristiana. Solo la cúpula vaticana tendrá acceso desde entonces al conocimiento extraordinario de la antigüedad, ya que este no pereció totalmente en el incendio de la Gran Biblioteca de Alejandría, y que además, después de este desgraciado suceso acaecido seis siglos antes, los grandes cerebros que vinieron después, ¡y fueron unos cuantos!, dejaron maravillosas obras que enriquecieron todas las bibliotecas, públicas y privadas, así como las mentes del imperio.

El negro manto de la ignorancia, por obra y gracia de la Iglesia Católica, iba a cubrir por muchos siglos los amplios territorios de lo que fuera el Imperio Romano. De todas maneras, aquí, en Egipto, en poco más de un siglo se sacudieron el agobiante e insoportable yugo cristiano, aunque, en honor a la verdad el cambio al islamismo, en el transcurso del siglo siguiente (VII) no mejoró mucho la situación del pueblo, aunque en aquellos momentos la tolerancia del Islam naciente superaba en mucho al opresivo régimen cristiano católico.

Con el corazón contrito, y al mismo tiempo lleno de alegría, por aquel bello y aéreo mensaje de la garza blanca, pude respirar a placer ensanchando mis pulmones, despidiéndome de la congoja que minutos antes me atenazaba. Mi diosa sabía que yo no tardaría en volver. La barca se alejaba de aquel mágico lugar transportando mi cuerpo al compás monótono del ruido renqueante de un motor trasnochado, pero mi espíritu

todavía permanecía en el sagrado recinto, vagando inmaterial sobre la abrupta roca granítica de la isla y su dorado templo de brillante arenisca.

Ya en el taxi, con todo mi ser recobrado y en orden, pusimos rumbo al aeropuerto, me despedí del nubio menudito y reidor y me introduje en la sala de espera una vez hecho el control de pasaportes. Pronto nos hacen subir al avión, la nostalgia todavía embargaba mi alma, no me había desprendido aún de la emoción de Philae.

El vuelo, de unos veinticinco minutos, hasta Luxor, fue, como de costumbre, sin nada de particular.

En el Aeropuerto me estaba esperando Mohasem con el coche de la agencia. Me acercaron al hotel Sheraton, quedando de recogerme a las nueve de la noche, con el fin de visitar el barco “Atón”, de la misma cadena Sheraton.

Me di una ducha, emprendí camino, y salí hacia el embarcadero situado delante del templo de Luxor, con la intención de subir al trasbordador que me llevaría a la orilla occidental, cosa que realicé de inmediato, bajé las escaleras del muelle. Una vez satisfecha la tarifa de veinticinco piastras, precio del corto viaje, arribamos a la orilla opuesta. En verdad que el espectáculo desde dentro del cotroso navío resulta sumamente atractivo y exótico, entre cabras, haces de trébol (bersim), y fauna humana de diferente catadura. Pero sobre todo ello, se impone el grandioso telón de fondo de la ciudad con su magnífico templo, que desde aquí, en medio del río, alcanza una dimensión de belleza que le hace acreedor a su alias de “*Partenón de Egipto*”.

Ya en la ribera oeste, en taxi me dirigí a la casa de mi amigo Hamdy. Me recibieron alborozados, tanto sus hermanos como su cuñada, Su hermano mayor estaba en la tienda, y él en El Cairo. De allí, con Mohamed, otro conocido de Nueva Qurna, (Pueblo de Hassan Fhaty) salimos en taxi hacia la casa de Mohamed Mohamed el Amín, a unos ocho kilómetros, en El Taref. Su madre me recibió encantada, me invitó a pasar y a comer algo, no acepté por motivos de su religión y costumbres, (tradición musulmana, sino hay hombres en casa no debes entrar, y menos un extranjero). El Amín está en Luxor trabajando en una tienda, dejé mis señas a su madre y regresé en el mismo taxi.

A eso de las siete tomé un poco de fruta en mi habitación, en la que me han dejado un centro enorme, repleto de fruta variada, con una presentación exquisita, digna de una exposición. Todo con un arte muy distinguido. Hace las delicias de mis ojos y de mi paladar.

Una vez duchado, y dispuesta alguna de mis ropas en los amplios armarios, bajé muy arreglado al restaurante, cené opíparamente. A las nueve pasó Mohasem a buscarme. En el mismo coche de la mañana, y con el mismo chófer nos dirigimos al barco Atón. Tanto el capitán como el resto de la tripulación me recibieron calurosamente. Me mostraron la nave, haciendo hincapié en las medidas de seguridad.

Me invitaron a sentarme en el bar y degustar un delicioso combinado.

La noche estaba preciosa, el cielo negro salpicado de un número infinito de rutilantes estrellas, la brisa que provenía del Padre Nilo aliviaba los calores que el

cercano desierto enviaba. El ambiente tranquilo y sereno que se respiraba en la cubierta de la motonave dejaba emanar una atmósfera irreal, llena de misterio y de fábula.

Después de una hora, que fue lo que duró la entrevista, salimos Mohasem y yo hacia la ciudad. En una pequeña y limpia cafetería del zoco jugamos una partida de bagamon, y tomamos un refresco. A las once pasó el coche a recogerme, y ya me vine a descansar al hotel. Aquí en mi habitación nº 444, termino estas líneas, a la una menos veinte de la madrugada en el hotel Sheraton de Luxor.

Mañana será otro día... Inch Alá.